

CECILIO MUÑOZ FILLOL: «MONTIEL: QUINTA ESENCIA»
MONTIEL; 1980

Por Rafael Llamazares

Conferencia pronunciada en Montiel
el 28 de marzo de 1980.

CECILIO MUÑOZ FILLOL: «MONTIEL: QUINTA ESENCIA».
MONTIEL, 1980

Por Rafael Llamazares

Señoras y señores:

Es para mí, además de una distinción que no merezco, una satisfacción enorme, encontrarme en este acto. Sinceramente agradezco la invitación que se me ha hecho. Supone contribuir al recuerdo y homenaje a Cecilio Muñoz. Y mi aportación consiste en estas tres cosas: presentar un libro; presentar un libro de poesía; y presentar un libro de Cecilio Muñoz Fillol. Si algo hay en mí auténtico; si algo de verdad es capaz de llenar y satisfacer mi ser de hombre, ese algo es el libro, ese regalo de mentes iluminadas, corazones rotos, sensibilidades despiertas, ponen en nuestras manos para magnificar, para enriquecer, para mejorar, para aliviar nuestra penosa peregrinación por la madre tierra. Para cuantos, con mayor o menor eficacia, hacemos de la cultura nuestra profesión de vida, es evidente que no existe mejor medio, no hay alimento más eficaz que la lectura y la comprensión de un libro. Es cierto que a veces aun en el libro puede hallarse un aspecto material; puede verse en él una mercancía que se lanza al mundo sin otro objeto que satisfacer una vanidad, o ganar algún provecho. Pero con mayor frecuencia, casi siempre, en el libro vemos sobre todo el factor espiritual, el sostén y el portador de valores morales e intelectuales; el latigazo que despierta y alimenta nuestra sensibilidad y nuestra conciencia de hombres. Como acaba de decir un escritor actual, «el libro es el único instrumento que es hoy capaz de llenar la soledad del hombre mientras le enriquece, le obliga a interiorizarse, le ayuda a pensar. El libro es siempre fiel, con esa fidelidad que no somos capaces, casi nunca, de dar los hombres; es un objeto imperecedero, que seguirá manteniendo su vigencia mientras el hombre siga siendo capaz de imaginar, de pensar, de soñar, de anhelar» (ABC 15-6-1980) (Alfonso Grosso).

El libro es sin duda la pieza base de la cultura. Y la cultura es el mejor faro iluminador del hombre. Como escribió

aquel gran intelectual que se llamó Ramón Pérez de Ayala, la esencia o intencionalidad de la cultura consiste en hallar un sentido universalmente valedero para la vida humana. Toda cultura es un combate por la luz. Y el libro, que encierra en sus páginas la luz del pensamiento de hombres ilustres, de vida ancha, alta y honda; de hombres de corazón abierto, de afectividad plena; de seres en que la imaginación produce y crea; el libro, digo, es luz, afectividad, imaginación, que ha de traer esa cultura, por donde nos llegará la felicidad, el progreso, el auténtico bienestar. Es, por consiguiente, hermosa la tarea que hoy se me ha encomendado: presentar un libro. Y presentar este libro, precisamente, que hoy nace póstumo.

Es un libro de poesía. Si siempre el libro resulta una criatura de altísimo valor, este valor se pierde en lo inaccesible, en lo inmenso, en lo infinito, si el libro en cuestión es un libro de poesía. ¡Qué difícil delimitar, precisar, aclarar lo que sea poesía! Poetas y filósofos se han hecho repetidamente la pregunta de qué sea la poesía. Y no han podido contestarla de manera definitiva. Estamos, al hablar de la poesía, como ha escrito Ramón de Garciasol, manejando misterio más que conceptos; estamos intentando conceptualizar lo inefable. El tema de la poesía carece de solución transmisible, por lo que deja de ser problema para convertirse en uno de los caballos de batalla del pensamiento. La poesía es el fruto real de un árbol de misterio. Lo misterioso es el árbol —la poesía— que nadie ha visto nunca, o si lo ha visto, no ha podido decir cómo era, y de la que a lo más, se han conseguido «notas de asedio», como dijo José María de Cossío, cuando se empezaba a barruntar que la poesía no era un mero entretenimiento, una clase de adorno, para no desentonar en sociedad, sino un terreno donde a veces anida el espíritu en sus más hermosas manifestaciones (R. de Garciasol, «Punta Europa», pág. 121).

En definitiva, la poesía es un misterio; algo inefable, por lo mismo. Pero la realidad es que existe; y ahí está; aquí la tenemos en los libros de los poetas; y aquí la tenemos en cuantos somos capaces de sentirla y de vibrar ante lo que los poetas cantan y revelan. Existe, pues, la poesía. Primeramente está dentro del poeta. El poeta la dirá, la comunicará en palabras. Pero primero ha tenido que vivirla. Antes que nada, la poesía es una vivencia del poeta. Una vivencia que se puede radicar

en el mundo inestable y borrascoso del sentimiento. Pero también puede buscarse en el conocimiento. Y puede, y creemos que debe buscarse en la misma sustancia del alma, en las últimas raíces de la personalidad; y aun en las extrañas metafísicas del ser, como una vivencia existencial. Creemos que la vivencia poética, ese conocimiento experimental del poeta, no debe adscribirse a una determinada facultad del alma; las impregna todas; su esencia se derrama por todo el ámbito de la persona. El valor poético, conocido, revelado al poeta, suscita una conmoción en la persona entera del mismo. Entonces, en su mente se proyecta la idea; la idea estimula el sentimiento; la fantasía crea su mundo; la voluntad se enciende; el hombre se pone en conmoción. Así en el momento de la inspiración es todo el hombre el que está interesado y encendido. Vistas así las cosas, la poesía llega más hondo que cualquiera otra actividad humana, si exceptuamos quizá la actividad religiosa, que tantas conexiones y tan estrechas ataduras mantiene con la actividad poética. Evidentemente es inmensa la significación de la poesía. No es tarea nada fácil la del poeta. Se es poeta por elección misteriosa, pero también por un esfuerzo inmenso. Hay muchos momentos de tensión dolorosa; hay muchas horas y muchos días y meses, y aun años de lucha en la plasmación de los sueños del poeta. Por eso el poeta ha de ser, y es siempre un sentidor egregio, un iluminado, pero también ha de ser, lo es casi siempre, un espléndido ejemplar de inteligencia. En la poesía se pone el hombre entero. De ahí el hecho real e histórico del escaso número de poetas realmente importantes. Y de ahí, la altísima misión que históricamente desempeñan en la marcha, sentido y orientación de la cultura y de la formación de los pueblos. La acción de los poetas es siembra que, a distancia más o menos lejana, pero infaliblemente, ha de fructificar, iluminando, calentando y, en definitiva, agrandando y perfeccionando el mundo de los hombres. Ya aludí antes al hecho de que puede haber libros, y por consiguiente, poesía también, de escasos quilates; libros de poesía huecos, vacíos, falsos. El valor de una poesía y de un poeta se deducirá siempre de la hondura y de la altura de su conocimiento intuitivo, de sus experiencias vividas, de la transcendencia y valor de todo esto; y también dependerá de la fidelidad y hermosura con que sepa comunicar todo esto a los demás. Hay en su expresión, en su palabra, debe haber un «re-

repertorio de perfecciones formales» que será la onda eficaz y sugestiva que haga llegar a cada hombre lector el «repertorio de contenidos mentales», afectivos, sensoriales, de todo tipo, que le hagan vibrar, y que en definitiva le enriquezcan humanamente, dotándole de más rica vida, de más altas y nobles verdades, de transcendentales bellezas, de abrasadas claridades de amor.

Todo esto constatamos en la historia de la poesía, al choque con los libros que los poetas nos regalan, cuando a ellos nos acercamos con fervorosa dedicación. Porque hay una segunda parte también muy necesaria. El lector de un libro, sobre todo el lector de un libro de poesía, forzosamente tiene que ser un recreador de ese libro. Lo ha explicado magistralmente el profesor Díaz Plaja: «El libro exige dos posiciones mentales de carácter activo. Por un lado, supone una libre decisión seleccionadora, una voluntad por la que el lector escoge ese libro y no otro, y desea poseerlo para tenerlo en cualquier momento disponible. Porque, poseyéndolo, lo integra a su ser. La biblioteca de un lector es su mejor autorretrato. Por otro lado, la lectura de un libro exige una peripécia activa, en la medida que la operación de leer presupone una inteligencia interpretadora de signos, que a su vez designan sonidos que conjuntados construyen sílabas, frases, sentido, pensamiento. Por eso, la inteligencia implica una penetración, un introducirse, un leer por dentro, que participa de la briosa condición de los ademanes viriles, en contraste con la contemplación de las imágenes, que sólo parecen exigirnos una postura receptiva y pasiva».

Así, pues, ante el libro, y ante el libro de poesía aún más, se impone una necesaria y atentísima concentración. Se precisa una muy activa colaboración del lector. Hasta tal punto es esto necesario, que sin ello casi no habría obra, casi no existiría el texto poético o literario. Nos convence de ello el hecho de las múltiples, a veces infinitas interpretaciones que de un mismo texto poético existen. Son tantas como lectores u oyentes tienen. En los actuales estudios estilísticos se llega incluso a afirmar que la Literatura la crea el lector. No podemos aceptar en su totalidad y literalmente la frase. Pero es indudable que sin las características individuales de cultura, hábitos de lectura, sensibilidad, ideología, temple del lector,

etcétera, la obra literaria o poética no podrá nunca convertirse en obra verdaderamente válida.

Con estos preliminares, con estas elementales consideraciones sobre el libro, sobre la poesía, sobre el lector, he intentado sentar, trazar la ambientación necesaria a fin de situar, comprender y valorar el libro concreto, éste de aquí y ahora, de Cecilio Muñoz Fillol. Pero todavía, una nota preliminar más; una afirmación que nos centre con más precisión. Cecilio Muñoz Fillol es un fruto literario, un producto cultural de los muchos que Valdepeñas, que La Mancha, ha dado al mapa cultural español del siglo XX. No voy a descubrir aquí ningún Mediterráneo. Pero es un hecho cierto, plenamente constatable, la floración literaria y poética de nuestra región manchega desde hace cincuenta o sesenta años. Podría traer aquí muchos testimonios de ello, pero sin salir de esta tierra, me basta con recordaros la «Antología Poética del Grupo Guadiana», que en el año 1971 publica, en Ciudad Real, el Instituto de Estudios Manchegos. Cerca de cincuenta nombres se recogen; y es indudable que aún quedan fuera otros más. «Eso de que en una sola provincia (se refiere Francisco García Pavón a la nuestra de Ciudad Real) haya un premio Adonais, otro Nacional, otro de las Américas, dos de la Crítica, un Nadal, y qué sé yo cuántos más...; y me callo a los pintores, sale de causas telúricas o del clima, del personal o los pueblos, de la sinceridad y el aislamiento... Parece que esta es tierra que puede mucho. Que da unos corazones poco contaminados. Claros y con mucha fuerza para el resumen. Como también se afirma en el «Umbral» del mismo libro, «en esta tierra la sensibilidad está a flor de surco. Por eso, cualquier actividad del espíritu restalla de manera fulminante, y esparcida por todo su sistema sensorial, acaba siendo encuentro o abrazo para buscar su pulso y su latido en una espiga cualquiera».

También a este respecto, el crítico y ensayista Manuel Criado del Val, en su «Teoría de Castilla la Nueva», ha escrito: «La geografía es el determinante más fuerte de la historia, ya sea política, literaria o lingüística; su causa permanente. Conocido el paisaje, es ya posible conocer y descifrar el arte, la literatura, el modo de ser y de pensar, y en resumen, la fisonomía de quienes viven en él». Todo esto es exacto y evidente; además, resulta inevitable y necesario. Pero no puede

tomarse con exclusividad; hay que salvar siempre la autonomía, la libertad esencial de la obra lírica y artística. El paisaje, la tierra, el pueblo, en que el poeta nace, sueña y vive, le conformarán; pero a su vez el poeta, en correspondencia, configurará y recreará ese paisaje. y esa tierra, y ese pueblo que le dieron vida.

En este sentido pienso que es claro el punto de arranque de todo este florecer lírico manchego. Allá en la lejanía del barroco siglo XVII español se pierde la figura ingente de Bernardo de Balbuena. Sus ecos apenas llegan a la nueva poesía de La Mancha. Después de Balbuena, casi nada en dos largos siglos. Hay que llegar al siglo actual para advertir el rebrote y el reflorecimiento de la poesía manchega. Dos poetas valdepeñeros son hitos en la recreación de La Mancha; y en consecuencia, en el lanzamiento y creación de una lírica manchega. El primero cronológicamente es Francisco Arrieta. «Al alumbrar este siglo, ha escrito García Pavón, Arrieta tocado por el doliente gris machadiano, fue el primer poeta que recreó el paisaje llanero. Desde entonces acá ha cundido mucho la poesía en La Mancha ciudadrealeña». El segundo y definitivo es Juan Alcaide. De Alcaide ha dicho el gran crítico Florencio Martínez Ruiz: «Alcaide hizo girar ciento ochenta grados el signo de una lírica heroica hacia el dolorido sentir de un hombre de carne y hueso... Juan Alcaide asume su papel de «medium» entre la tierra y el hombre para reproducir el silencio de su corazón y el latido subterráneo de La Mancha misma. Y así tanto el fragor del poeta que escucha el hondo crepitar de su pecho como el deslumbramiento de la naturaleza que lo zahiere o lo exalta, permiten articular una poderosa fórmula de salvación por la palabra». Y tras Juan Alcaide, ya lo sabéis; ahí está la nómina interminable: Sagrario Torres, Eladio Cabañero, Angel Crespo, Antonio Fernández Molina, José Corredor Matheos, Nicolás del Hierro, Francisco Mena Cantero, los hermanos López Martínez, Valentín Arteaga, Ramón Lodares, Manolita Espinosa, Pedro Gómez Cornejo, Juan Torres Grueso, etc. Y en más recientes y tiernas hornadas, los poetas de los grupos «El Trascacho», de Valdepeñas, y «Calamo», de Ciudad Real.

Cada uno de estos poetas arrancan de parecidas o idénticas fuentes; pero también cada uno de ellos, rico en valores humanos, y por consiguiente, en vida espiritual, y en inquietudes

y apetencias múltiples, se disparan en varias direcciones, enriqueciendo así el amplio panorama poético de nuestra Mancha. Desde hace algún tiempo, casi desde la aparición de mi libro sobre Juan Alcaide, de uno lados y de otros, me llegan estímulos, incitaciones, para que emprenda la aventura de ordenar toda esta materia poética manchega, de historiarla minuciosamente, caracterizarla con precisión; y así, unir la lírica manchega al vasto y rico mundo de la poesía española del siglo XX. No sé si mis fuerzas me lo consentirán; pero indudablemente, la empresa, además de necesaria, resulta apasionante y extraordinariamente sugestiva.

Hoy presentamos uno de estos poetas, y uno de estos libros de poesía manchega. Es Cecilio Muñoz Fillol; y su libro «Montiel: Quinta Esencia». Lo ha editado pulcramente, con mimo y con hábil destreza el «Centro Cultural Castillo de la Estrella», de este hermoso pueblo de Montiel. La edición se realiza en la Imprenta valdepeñera «Casa Campos». Y aquí y así tenemos esa criatura misteriosa, sugerente, de trascendentes valores, que es el libro. Uno más, que viene a hablarnos, a sugerirnos, a atizarnos, a herir nuestra sensibilidad, a iluminar e ilustrar nuestra mente, a calentar nuestro corazón; en definitiva, a agrandarnos y perfeccionarnos humanamente.

Conocí y traté a Cecilio Muñoz Fillol, desde mi llegada e incorporación a la vida de Valdepeñas, hace ya veintiséis años. Fue al comenzar el curso 1954-55 en el Instituto Nacional «Bernardo de Balbuena», en mi destino de Catedrático de Literatura en el mismo. Cecilio Muñoz era Secretario del Instituto. Y explicaba Inglés y Filosofía. Resultaba pieza clave, base fundamental, en el vivir y en el actuar del Instituto, en aquel viejo caserón de la Calle Buensuceso. Su figura alta y erguida; su voz fuerte y bien templada; su simpatía acogedora y amable; su laborar puntual y constante en la solución de problemas; su charla desbordada y siempre estimulante; todo esto y muchas más notas lo convertían en figura central de la vida del Instituto. Y aparte, y además de todo ello, su quehacer incesante se derramaba en facetas múltiples, y muy diversas, en la vida de Valdepeñas. Y aún le quedaba tiempo, para, en la soledad de su hogar, atender y guiar a cuantos llegaban a él en busca de orientación, o en solicitud de un consejo. Y también, para leer y escribir; para llenar cuartillas y cuartillas, unas veces en ver-

so, otras en prosa. Cuartillas que después, ahí quedan en carpetas y cajones. Unas veces, digo, se trata de versos: poesía lírica, épica vibrante, obra teatral. Otras, es prosa: escritos de ensayo, de investigación histórica o arqueológica, o filosófica, o veterinaria. Andando el tiempo, se me encomienda la Dirección del Instituto; y durante muchos años Cecilio Muñoz sigue en la brecha, en su Secretaría, derrochando energías, trabajando sin descanso. Mi aprecio hacia él, y mi confianza en su gestión son absolutos. Y el mayor y más continuado contacto con él me permiten conocerle más a fondo; y ver con más claridad, las claves íntimas de su ser y de su obrar. Esas claves, que considero las coordenadas esenciales de Cecilio Muñoz, las resumo así: a) Humanismo; b) Entusiasmo desbordado y contagioso; c) Fantasía e imaginación aventureras; d) Amor a su Valdepeñas y a La Mancha; e) Barroquismo formal.

Humanismo.—Es lo que inmediatamente y siempre, me sorprendió en Cecilio Muñoz. Una curiosidad universal, por todo y por todos; una inquietud espiritual abarcadora, que le llevaba a unos temas y a otros. Igual se movía por las regiones de la Filosofía, que por las zonas de la Arqueología o de la Historia. Tan pronto le veíamos analizar, a través del microscopio, las muestras que llevaba al Instituto, de sus actividades de Veterinario, como preparar poemas u otros trabajos literarios para Concursos o Congresos. Un día nos salía con un Auto Sacramental, y al siguiente nos llegaba con la redacción de una tragedia ibérica. Tan pronto anclaba en la materia, como se sostenía en lo divino. Porque el humanismo de Cecilio Muñoz era así. Nada de humanismos mutilados, falsos humanismos; humanismos de tejas abajo. Su inquietud espiritual y humana abarcaba y se extendía a todo: a la vida y al hombre; y a este, en su doble dimensión de materia y espíritu; de criatura finita y desvalida, pero a la vez, de ser que porta valores trascendentes y eternos. Su humanismo fue un humanismo cristiano; creemos que el único posible y auténtico, el único verdadero humanismo.

Esta raíz humanística de Cecilio Muñoz, ancha y alta, creo que es la base de aquella otra cualidad que le acompañó siempre: entusiasmo desbordado y contagioso. Este entusiasmo, una exaltada vibración, un regocijado y optimista talante vital, no le abandonaron nunca. Y llegaba a todos. Se desplegaba en su

labor de cátedra, en sus charlas con los amigos, en su peregrinar cultural por las cumbres y barrancos de su amada Cárdenas, en su constante asedio a cualquier tipo de problemas, en su presencia infalible en todo acto cultural y artístico; en la totalidad de su ser y de su vivir. Y el entusiasmo levantaba ampollas; a veces producía picazón; había que estar alerta. En cualquier instante saltaba el tema, se planteaba la cuestión; se descorría un velo, y quedaban a la intemperie interrogantes que urgía contestar. Y entre problema y solución, aquel su entusiasmo había logrado embarcarnos en la reflexión y el estudio, en la búsqueda de datos, en la constatación de fechas; en definitiva, en la aportación y el trabajo de todos para aclarar el sentido de las cosas, para descifrar los misterios del mundo, los enigmas de la vida, la transcendencia del hombre.

En el planteamiento y solución de todo ello Cecilio Muñoz (y esto era otra de las coordenadas que arriba indiqué), no sólo ponía ciencia; no aportaba únicamente conocimientos o traía datos. En infinidad de ocasiones no era esto lo más importante. Lo que suscitaba la perplejidad, y hacía saltar el interés, era la fantasía, la aventura, el espíritu imaginativo que campeaba en todo. Era un estado de espíritu original, en perpetua adolescencia, en constante optimismo, que prendía sobre todo en los jóvenes, y hacía de éstos sus mejores, y más queridos y entusiastas amigos.

Nueva constante del ser y del vivir de Cecilio Muñoz: su apasionado y absorbente amor a su Valdepeñas y a La Mancha. A cualquier tipo de Valdepeñas podemos escuchar en cualquier momento: «los valdepeñeros tenemos las Aguzaderas metidas en los sesos». No sé si precisará aclarar que se trata de las lomas que flanquean la parte Norte de Valdepeñas, en las que los habitantes del pueblo plantaron sus defensas en la histórica gesta del seis de junio, cuando la Guerra de la Independencia. Cecilio Muñoz también tenía las Aguzaderas metidas en los sesos, y en el alma. Sobre ellas, y sobre lo que significaban, escribió repetidas veces; y en más de una ocasión, cantó en apasionados y vibrantes versos. Valdepeñas y su historia; sus instituciones y su hombres; sus templos y capillas; sus plazas y sus calles; sus paisajes y sus tierras, fueron la obsesión del bregar diario de su vida. Y también es evidente la amorosa atención a la totalidad de La Mancha. Yo le escuché muchas

veces, pero sobre todo, en la celebración de unos juegos florales, una vibrante, calurosa y elocuentísima evocación de las esencias líricas, históricas, artísticas, culturales, paisajísticas, etcétera, de los pueblos y regiones de La Mancha entera. Por ella desfilaban Santa Cruz y El Viso; Infantes y Montiel; Almagro y Calzada; Malagón y Puertollano... Mirada y corazón generosos los suyos; compendio y síntesis manchegos.

De su humanismo, de su entusiasmo, de su aventurera y fantástica imaginación, de su encendida amorosa pasión valdepeñera y manchega, arranca el talante, casi constantemente exaltado, ampuloso, altisonante y pródigo, de su barroquismo formal. Es lo que daba a la totalidad de su ser, y a la totalidad de su quehacer, ese carácter de exceso, de abundancia; casi, casi, de hiperbólica exageración. Todo ello fruto del incontenible hervor que constantemente bullía en su espíritu; todo resultado de la universal inquietud que le consumía. Poco hay en Cecilio Muñoz, en su vida y en su obra, de contención y de medida; mejor que con el equilibrio del humanismo renacentista, su talante vital y literario se ajusta al molde apasionado y fantástico de su ilustre e inmortal paisano Bernardo de Balbuena, a quien estudió y cantó entusiasmado en numerosas ocasiones.

Estas claves íntimas que a mi juicio tejen el entramado síquico de Cecilio Muñoz: humanismo, entusiasmo, imaginación, fervor manchego, talante barroco, aclaran y explican; definen y matizan también el libro que hoy tengo el honor de presentar, «Montiel: Quinta Esencia».

Humanismo hondo y transcendente. Vasta mirada, perspectiva universal y concéntrica. De todo esto se hace derroche en el libro. Voy a situarme un poco en las concreciones; y a referirme a sus diversos apartados.

«Canción apasionada al Campo de Montiel. Poema en cinco tiempos». Hay en él motivos históricos:

«Montiel: iris de historia sepultada,
capital de mesnadas belicosas».

.....
«donde brota un recuerdo de epopeya»;
(pág. 13)

..... Tus ayeres
atenazan ensueños sitibundos»
(pág. 15)

«Tus cardos tienen huellas musulmanas,
y tus piedras, encantos medievales»
(pág. 15)

«Los espectros de regios fraticidas
salpican el candor de tu barbecho»
(id)

..... Quiero
...ver la historia sepulta en tus canchales
y en el secreto de tus cementerios;
la neolítica facies de tu raza»
(pág. 18)

«Vestigio de Santiago en tus pasados,
cuando el pie de la cruz se hizo puñal;
pretérito en recuerdos vertebrados
y alientos de epopeya en tu panel»
(pág. 22)

También, motivos arqueológicos:
«Castillo descarnado de La Estrella:
vértice de dramática ruina»
(pág. 13)

«donde exhiben los muros sus muñones,
llorando arquitecturas mutiladas»
(id)

..... Dolmen despierto»
(Id)

«Quiero
desenterrar tus huellas de misterios»
(pág. 18)

«Abrazo de sarcófagos y cunas» (pág. 19);
«Cerámica de cristal»; «Cerros de carpanel» (pág. 20)

Hay notas y pinceladas geográficas:

«Ay, campo de Montiel! Ancha y gigante
penillanura taladrada en hielos»

(pág. 15)

«Incógnita de glebas y terrones,
ecuación de sembrados y olivares»

(pág. 16)

«Crisantemo y cairel. Ritmo y figura
de girasol, romero y hierbabuena,
tu sur se embriaga en la delicia oscura
de los adelfos de Sierra Morena»

(pág. 16)

..... Sombras y lejos
de una Mancha que invade Andalucía»

(pág. 19)

Metafísica y Religión:

«Montiel..... cruz y espada»

(pág. 13)

«donde gimen espectros y pasiones
de siglos y liturgias enterradas

(id)

«Ascético pudor de tus fatigas
en el místico tono de tus voces»

(pág. 15)

«Quiero hacer tus ensueños verticales,
desenterrar tus huellas de misterios»

(pág. 18)

«Dios te mira en tu espiga y en tu olivo.
Dios conduce la reja de tu arado.
Dios sabe que tu afán respira vivo
y alienta tu horizonte despejado»

(pág. 22)

Imaginación y ensueño.—El poema entero es un alarde de ensoñadora imaginación. Pasado, presente y futuro de Montiel, todo se idealiza, se transfigura, y se sueña. No es necesario aducir citas; el poema entero es ejemplar a este respecto.

También son evidentes en el poema el entusiasmo y el fervor manchegos.

Y en cuanto a su talante barroco tampoco caben vacilaciones. Léxico, imaginería, metáforas, comparaciones, prosopopeyas, exclamaciones; todo ello constituye un derroche de retóricos recursos que muestran el hervoroso poder de imaginación de Cecilio Muñoz; y lo vibrante y apasionado de su poético sentir.

Por este mismo mundo apasionado y vibrante; por estas mismas formas ricas y majestuosas, rozagantes y nobles, discurren los demás poemas del libro, «Triptico de Montiel», tres soberbios sonetos, de métrica alejandrina; «Este campo desnudo», soneto en la clásica andadura endecasílabo; y los seis poemas, en versículos modernos, que constituyen la «Reseña lírica de los bailes de Montiel» (págs. 21 al final).

Podría continuar desmenuzando y explicando con mayor detenimiento los poemas del libro. Pero renuncio a cansaros más. Sólo quiero aludir, para terminar, a lo que considero sustantivo y esencial en el libro, la Conferencia, en prosa, que define y precisa la «Quinta Esencia de Montiel». «Montiel, deja sentado desde el comienzo Cecilio Muñoz, tiene sus valores propios, independientes de toda incidencia histórica, y de toda evocación literaria». En el desarrollo y comprobación de esta idea se alarga a continuación para perfilar y concretar esos valores, que son precisamente los que constituyen su «quinta esencia». Es ese algo que nutre, sustenta y conforma a ciudades y pueblos; y que se «filtra por las almas de sus habitantes» (página 34); «es algo así como un corazón de la ciudad y del pueblo». Ese corazón de Montiel lo ausculta Cecilio Muñoz muy sensiblemente, muy atentamente. Y diagnostica, tras hondas y finas meditaciones. Hé aquí los momentos o instantáneas:

Primero: «una siesta caliente del mes de agosto». El caminante reposa en la plaza del pueblo. «Silencio emocionante, maravilloso y solemne». «En aquella plaza no había edificios de ningún matiz, ni en ninguna de sus paredes se exhibía... un

reloj que presidiera el aviso inexorable y amenazador del tiempo que se escurre y nos atenaza». La columna, que centra la fuente, tiene unos nombres, pero tampoco ofrece la fecha de su construcción. Todo esto tiene un alto y trascendente significado: «Montiel había superado el tiempo, estaba sobre el tiempo...; Montiel era un florón de belleza sin tiempo». La subconsciencia de sus habitantes plasmó la ausencia del tiempo en la primera de sus cualidades gloriosas: «en la subconsciencia colectiva de Montiel se había extirpado el tiempo... Entre el tiempo y la eternidad prefería la eternidad. Montiel lograba inscribirse en la eternidad y yugulaba el tiempo.

Segunda instantánea.—Deambular lento por la ciudad. El caminante encuentra a su paso gentes que le saludan, sin conocerle. Ello es un nuevo rasgo de la «quinta esencia» de Montiel: «Montiel está muy por encima de esa norma cristalizada y absurda de no saludar a quien no se conoce. Fraternidad universal entre los hombres: «Montiel con espíritu abierto y de entrega, con familiaridad admirable, con un concepto de fraternidad y cariño de raigambre excelsa, tiene a toda persona extraña por hermano y amigo».

Tercer momento. Mediavalismo de Montiel: «Montiel sabe a Edad Media»... Porque la Edad Media significa la aglutinación de los sectores convergentes que después siguen un mismo camino en los siglos ulteriores. El aglutinante es el Cristianismo que unifica y dirige, precisamente a partir de la Edad Media... Por esto... Montiel está muy alto sobre el tiempo y en su apariencia medieval vive un futuro de excelsitud sobre la agitación morbosa y el afán insufrible de la vida presente».

Cuarto y último instante. Montiel, sensibilidad. Facultad o capacidad de sentir; de conmoverse y vibrar; de sufrir y gozar; de vivir y soñar la historia, la belleza, la religión, la poesía.

He aquí el mundo ensoñado y entrevisto por Cecilio Muñoz en torno a Montiel. Así queda, en el libro que presentamos, perfilada la «quinta esencia» de Montiel y de sus gentes: superación del tiempo y anclaje en la eternidad; sentido de la fraternidad humana universal; aglutinación de los valores terrenos para orientarlos cristianamente en vertical ascensión; vivencia acendrada de la historia, de la belleza, de la religión, y del arte.

Al perfilar Cecilio Muñoz la «quinta esencia» de Montiel, está claro que en la ciudad y sus gentes, en sus tierras y en sus cielos, privan y brillan la verdad, la bondad y la belleza, los supremos valores humanos.

Síntesis feliz de todo ello es el cierre de la Conferencia, en forma poética, en fabla de romance. Como siempre, el lenguaje de la poesía es más concentrado, más sintético; y por ello, más hondo y más verdadero. Montiel es belleza, es poesía:

«En Montiel brotan los versos
con el murmullo del agua».

Montiel es verdad:

«Montiel eleva en el cáliz
solemne de su elegancia
sentimientos de marfil,
ilusiones de esmeralda,
y aristocracia de sueños,
y pensamientos de nácar».

Y Montiel es bondad:

«Ay los hombres de Montiel!
Arquetipos de una raza,
con ibéricos alientos
de estructuras inflamadas!»

«Corazones de Montiel!
de neolítica arrogancia,
donde el viento besa labios
de las espigas del alma!»

(pág. 44)

Concluyo. Corazón y cerebro; pensamiento y emoción; afectividad y fantasía; la totalidad de su ser en definitiva, todo eso ha puesto Cecilio Muñoz en el libro que acabo de presentaros. Como dije en mis preliminares, es lo que ocasiona y crea el auténtico libro; y particularmente, el libro de poesía. Que él os acompañe y nos acompañe siempre. Servirá para agrandar nuestra personalidad, para enriquecernos y perfeccionarnos humanamente.